



Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano

Gaceta del Consejo

*Gaseta del Consell * Kontseiluren Aldizkaria * Gaceta do Consello*

Núm. 9

Enero de 2002

Editorial

El estoicismo se constituyó, como señala Hegel, como la filosofía del esclavo. Lo cual no es poco decir, porque el esclavo desempeñaba el papel de educador. El propio Hegel hizo experiencia de ello cuando, siendo preceptor de los hijos de un par de casas aristocráticas, se encontró comiendo en la cocina con los criados. El estoicismo trata de hacer una filosofía del sujeto en tanto que esclavo portador del mensaje tatuado bajo su cuero cabelludo que le condena a muerte. La "tranquilidad del alma" a la que se refiere Séneca implica una muerte del deseo según la cual fuera del todo no hay nada. Pero nosotros debemos saber que el saber no es nada - no respecto de la brevedad de la vida - sino respecto de la feminización que produce la letra a quien la porta. El estoicismo ha podido pasar por la moral adecuada a la era de la ciencia; también hemos de saber que la ciencia es nuestro modo de someternos a los efectos de la letra. El humanismo de nuestro tiempo ha querido situar al deseo muerto como una espera de realización ideal. Para nosotros lo que cuenta es el efecto de vivificación que trae consigo la castración al pie de la letra.

Antoni Vicens

La Presidenta

El goce Uno y autista / Amor

El goce Uno y autista solo puede ceder frente a la fuerza del deseo por la existencia del amor. Esta época, si por algo se caracteriza, es por hacer esto cada vez más inviable, menos actual. El imperio del goce autista se torna cada vez más frecuente, y en este proceso de desintegración del lazo, "el amor" a veces es tratado como "un anacronismo". Esta evidencia sobre la época me parece fundamental para orientarse en la práctica. Si algo he podido constatar en el último tiempo, es que los sujetos que se suponen más exitosos en el campo empresarial, social, laboral, y que se encuentran "casi" perfectamente adaptados al sistema, encuentran muchas dificultades para incluirse en una experiencia analítica que tiene al amor como estrategia. Y si esto afecta a lo particular del análisis, también afecta a lo particular de la Escuela, pues la transferencia de trabajo puede devaluarse frente a la proliferación de la particular forma de goce autístico en cada uno. Es por ello que no me parece casual que sea la *Conversación* uno de los instrumentos de los que nos valemos en las Escuelas en los últimos años.

Ética de lo particular. - En la enseñanza de Lacan no encontramos reglas que nos den la pauta de nuestra acción. Las distintas afirmaciones con las que se caracteriza la ética analítica dejan siempre preservado lo particular de cada caso, no promueven un modelo. Si el acto está intrínsecamente ligado al discurso, a la vez lo sobrepasa, pues sus efectos implican "la marca, la inscripción". Los efectos discursivos de un verdadero acto son lo que nos orienta cuando de la interpretación se trata. En una ética que sostiene de esta forma lo particular no se puede esperar una lógica del "para todos"; por ello en la formación que aportan las Escuelas, en su garantía, se trata del uno por uno. No es que no tengamos criterios sobre la formación, sino que estos criterios se extraen de lo que aporta el caso por caso, la particularidad de los efectos de formación en cada uno.

Los psicoanalistas y su deber en el mundo / discursos "psi". - Puedo esperar, es legítimo esperar, - y este esperar no tiene nada que ver con una posición pasiva y alejada del acto -, que el psicoanálisis encuentre cada vez más en el mundo su lugar como síntoma de la cultura y que esto tenga consecuencias. Consecuencias que cada vez se hacen más deseables y que cada vez son más esperadas, y no solamente entre los que nos dedicamos a la práctica del psicoanálisis. Espero lograr no faltar a la cita que las condiciones de la actualidad hacen ineludibles. En estos últimos veinte años, el cambio ha sido vertiginoso, y donde se hacen más patentes nuestras diferencias con los discursos "psi" es en nuestra conversación con los intelectuales, los representantes de la cultura. Toda persona que esté interesada por entender al ser sexuado que habla, tiene como interlocutor al psicoanálisis lacaniano, lo que evidentemente no ocurre con los profesionales del campo "psi". Es por ello, que incluso los psicoanalistas de la IPA ya no pueden negar la incidencia de Jacques Lacan en este cambio.

Mercedes de Francisco

El Papel del Consejo

Hacer Escuela

Un semestre nos separa del Encuentro Internacional y de nuestro Congreso. La Escuela ha orientado su trabajo los dos últimos años en esta dirección; actividades de las distintas Sedes y Bibliotecas, Encuentros con los Analistas de la Escuela, Conversaciones, Seminarios, un esfuerzo de todos los miembros de la Escuela para pensar "La formación del analista", esfuerzo que sin duda se mantendrá estos seis meses que nos quedan hasta el Congreso, pues lo que está en juego es verdaderamente importante: es el futuro del psicoanálisis. Ya al comienzo de la década pasada, Jacques-Alain Miller en *El banquete de los analistas*, recordaba que en el "Acto de fundación" de Lacan aparecía la idea de que hay un "deber que le toca [al psicoanálisis] en nuestro mundo" y que por lo tanto podíamos preguntarnos legítimamente "qué psicoanalistas queremos, qué psicoanalistas necesita el psicoanálisis para asumir el deber que le corresponde en nuestro mundo (si es que hay uno, si podemos darle un sentido a este deber), y qué psicoanalistas necesita solo para seguir existiendo. Y es que hay signos que parecen indicar que con los psicoanalistas existentes podría ocurrir que el psicoanálisis se extinga. ¡Podría pasar!" La formación del analista trasciende, entonces, el entre-nosotros; de esta formación dependerá que el psicoanálisis pueda asumir este deber, que no se confunda con una práctica psicoterapéutica más, que no se conforme con seguir existiendo hasta su extinción. Nuestras Escuelas deberán tener en su horizonte esta inquietud, este desafío, ser escuelas abiertas al debate que nos ha tocado vivir, encarar los acontecimientos que la época nos depare. La formación del analista es por lo tanto una exigencia ética para nuestras escuelas, de ahí habrá de surgir el psicoanalista que esperamos. Asistiremos en Bruselas a un momento decisivo en la historia del psicoanálisis y será fundamental que un gran número de miembros de la ELP nos encontremos allí.

Es en este sentido que la Escuela tendrá que debatir sobre la categoría de miembro. ¿Qué significa ser miembro de esta Escuela? Es necesario darse un tiempo para esta reflexión. Tiempo de debate que nos permita ir perfilando la Escuela que queremos, qué miembros deben habitarla y construirla. Ser miembro de esta Escuela no puede ser parte de un curriculum. En realidad ser "miembro de" debería transformarse en ser "miembro para" la Escuela: miembros que quieran hacer la Escuela y no sólo participar de ella.

Otro debate pendiente y que creo no debemos postergar es el referente a nuestras publicaciones. Es éste un difícil debate que implica diversos registros, pero sin duda el más importante de ellos es el relativo a la

escritura y la lectura. Todos nos hemos topado con la dificultad que supone pedir artículos a nuestros colegas y con la dificultad de distribución y venta de muy buenas publicaciones. Surge la inevitable pregunta: ¿qué hacer? ¿Qué hacer con publicaciones que durante años han sostenido un gran nivel y han servido como plataforma del psicoanálisis en distintas sedes y comunidades?

Es cierto que hoy en día han proliferado las publicaciones electrónicas. Es cierto también que tenemos un enorme problema por resolver en lo tocante a la distribución, que no podemos convertir nuestras librerías en depósitos de libros, que la Escuela no puede hacerse cargo económicamente de todas las publicaciones. Siempre fui partidario de que la ELP tuviera una publicación en la que todos sus miembros pudiesen comunicar sus trabajos e investigaciones, una publicación que nos representara a todos, que fuera una apuesta común. Ahora bien, lo que no sé, de lo que no estoy seguro, es si esta apuesta común tiene que suponer la desaparición de otras revistas.

Sí parece difícil mantener estas publicaciones tal y como estaban pensadas hasta ahora. Desconozco la buena fórmula, pero sería recomendable que los directores y equipos de redacción hicieran nuevos planteamientos para el futuro, estudiar y valorar una a una estas revistas para ver si pueden editarse sin perder dinero y sin quedarse eternamente en cajas sin abrir.

Pues aunque, al menos para algunos, es doloroso ver desaparecer una revista, aún lo es más ver cómo después del esfuerzo y el entusiasmo de un equipo por hacer un buen trabajo, éste no encuentra su destinatario. El debate está ahí, nos espera para elaborar posibles salidas y alternativas.

Hacer Escuela es construir estos debates, crear estilos nuevos de trabajo allí donde la inercia se impone. Son muchos los instrumentos y las vías que tenemos para comunicarnos, hay que aprovecharlos. Pero en ningún caso estos medios pueden suplir el encuentro. Tenemos ya nuestros encuentros generales, asamblea y conversación, tal vez sea necesario en ocasiones aumentar su frecuencia. Pero también podemos pensar y añadir otras formas de reunión. ¿Por qué no invitar a miembros de otras sedes y comunidades a nuestra ciudad? Una mayor movilidad me parece deseable para la vida de la Escuela; escuchar a otros colegas seguramente puede aportarnos perspectivas diferentes sobre un mismo problema. La vida de la Escuela, su vitalidad, depende de nosotros, de todos sus miembros. Sólo nos encontraremos con lo nuevo si lo queremos. La apuesta vale la pena.

Javier Garmendia

La cura psicoanalítica

Entradas en análisis

Como naturalmente no podemos enumerar todas las vicisitudes que dan origen a la búsqueda de un analista, nos vemos obligados a trazar el corte inicial en la demanda. En determinado momento, que nunca es cualquiera, y que es preciso interrogar con todo detalle, algo se condensa, y se expresa como demanda: demanda al Otro. Esta demanda es, en esencia, demanda de reconocimiento, de que el Otro reconozca y autentifique el sufrimiento subjetivo del que ella es portadora. Esa demanda, el sujeto la dirige de distintas formas, ya sea bajo el modo de un pedido decidido de tratamiento, o entrecortada en la descripción de un malestar difuso, o referida a un derroche de anécdotas salpicadas de victimismo, o en términos tan abstractos que pareciera crearse una distancia infranqueable entre lo que se dice, y quien soporta el acto de decir. Lo importante es que esa demanda debe ser puesta en forma, moldeada, modelada, vuelta inteligible para el propio sujeto, y fundamentalmente habrá de revelarse en ella el carácter desplazado de la verdad que está en juego, para favorecer en el discurso del demandante el pasaje del plano del yo al del sujeto del inconsciente. Este primer paso es absolutamente decisivo, ya que de ello depende en buena medida el curso ulterior del tratamiento, y el destino de éxito o fracaso de la cura. En este punto nos acechan una serie de peligros, entre los cuales enumero tan sólo algunos.

1) La posibilidad de que la demanda del sujeto permanezca adherida a la significación del fantasma inconsciente, esto es, que no se produzca un efecto de desplazamiento que de lugar a la apertura del inconsciente.

2) Que el sujeto se haga representar por un malestar general, que incluso puede llegar a atormentarle, pero que no se desprendan los significantes que permitan delimitar el síntoma.

3) Que la transferencia se anticipe bajo el modo de una agresividad narcisista que retenga la manifestación de la demanda.

4) Que el sujeto se muestre dócil al dispositivo y a la regla de la asociación libre, dándose por iniciado el tratamiento sin ninguna rectificación subjetiva inaugural.

Esta lista sólo pretende dar algunos ejemplos posibles de los obstáculos al comienzo. Ahora deberíamos definir un poco más qué es aquello que sancionamos como la entrada en análisis, es decir, la transformación de un sujeto de la demanda en un analizante. Varios procesos y mecanismos son puestos en juego dialécticamente. En primer lugar, el establecimiento de la transferencia, que se desdobra en su vertiente epistémica, el sujeto-supuesto-saber; y libidinal, el analista como semblante del objeto (a). Por otra parte, la separación del síntoma del plano de la demanda, o dicho en otros términos, la irrupción de una división inédita surgida del desarrollo de las entrevistas preliminares, más allá de los afectos de división que el sujeto pueda traer espontáneamente consigo. En tercer lugar, una rectificación subjetiva entendida como primer cuestionamiento de las significaciones del fantasma, aún cuando ello no suponga obviamente una mutación de su estructura inconsciente. En síntesis, una resignificación.

Todo esto habrá de verificarse en dos efectos fundamentales. El primero es el desplazamiento del síntoma. El segundo es la entrada del sujeto en el carril de la historización, lo que sin duda supone además un ingrediente para valorar su diagnóstico. La historización no consiste solamente en la movilización de la cadena significativa, que es desde luego ineludible. Es preciso que eso produzca también un plus de gozar, es decir, que el sujeto encuentre una satisfacción en remontar los significantes-amo agazapados en su inconsciente. Este aspecto, que a su vez deberá encontrar el real que opere como límite, es fundamental para evitar lo que denominaría la reacción terapéutica positiva, que conduce a la interrupción anticipada del análisis bajo los auspicios de la felicidad, o de la elación hipomaniaca producida por la desaparición de uno o más síntomas.

Estas consideraciones son en principio válidas para el terreno de las neurosis. En la psicosis, la concepción de la entrada en análisis parte, desde mi punto de vista, de la posibilidad de constitución de una transferencia que pueda permanecer al margen del goce del Otro, y gracias a la cual el enfermo pueda organizar un principio al menos mínimo de historización. En la perversión los criterios son aún mucho más complejos, y a lo que resulta verdadero para las neurosis debemos añadir la dificultad para calibrar la buena fe del sujeto en la presentación de su demanda, y el grado de identificación del yo al goce del acto. En cualquier caso, y más allá de las variantes nosológicas, la supervisión juega un papel decisivo, para rectificar entre otros, dos de los errores más frecuentes y extremos, como son, de un lado, considerar una entrada en análisis basada exclusivamente en el registro de la transferencia amorosa sublimada y, del otro, no reconocer la entrada y mantener al sujeto en una eternización de las entrevistas preliminares.

Gustavo Dessal

La formación del psicoanalista

La sabiduría

Partimos del texto de Jacques-Alain Miller "Pour introduire l'effet-de-formation" y, en concreto, el apartado F: "Relisons Sénèque". En este apartado aparece la "sagesse", la sabiduría. Siendo para mí un concepto "nuevo", preparé para la sede de Tarragona de la ELP una primera aproximación a dicho concepto. Orienté mi recorrido, no tanto a definir este concepto, sino a ver su posición en la historia de la filosofía. Que podría presentarse así: en un "principio" había una tensión (oscilación) entre la sabiduría como habilidad práctica (actitud de prudencia y moderación) y como concepto teórico (contemplativa, la parte más elevada del alma).

Al pasar de la sabiduría al sabio - entendido como aquel que posee la sabiduría - y con ello predominar la moral (reducción del bien para sí a un bien para todos), el concepto teórico domina completamente. En un "segundo" momento, aparece el concepto religioso de la sabiduría, que ya existía en Platón y en los estoicos, y ahora es completamente absorbido por la religión y se define como el ser de un modo verdadero, frente a la apariencia y es engendrada, la sabiduría, por dios. Culminando este proceso en la edad media como una "luz superior", a la que están subordinados los demás conocimientos.

Si nos adentramos en el surgimiento de las ciencias, podemos decir que las ciencias han vencido a la sabiduría.

Nos queda en nuestra formación como analistas la recomendación de Freud, de enfréntar cada análisis ignorando lo sabido en los anteriores.

Y nos queda de este apartado F ("Relisons Sénèque"), lo que destaca Jacques-Alain Miller, apoyándose en Séneca, de Lacan: la verdadera formación consiste siempre en ignorar lo que uno sabe. Y un poco más: Miller señala en este apartado que no se trata de rechazar los saberes, que no es que no haya nada que saber. Se trata de que el saber no es nada en comparación con la sabiduría.

Y un poco, un poco más: en nuestra formación, ¿la sabiduría definiría el saber hacer con lo real de la experiencia.

M^a Àngela Gallofré

La referencia a Séneca

El 7 de julio pasado se realizó la Conferencia especial de la ECF consagrada al tema del próximo Congreso de Bruselas. Jacques-Alain Miller la abrió con una presentación, cuyo texto titulado "Para introducir el efecto-de-formación", fue luego difundido por el canal AMP-UQBAR.

Allí hace dos veces referencia a las cartas de Séneca a Lucilio, más concretamente a la carta 88. Pero antes de entrar directamente a ella es conveniente tener en cuenta la tensión - que incluso puede llegar hasta la antinomia - entre los dos polos que Jacques-Alain Miller destaca a partir de distinguir en los fines de la formación la adquisición de contenidos epistémicos de alguna mutación subjetiva. "La obtención de una mutación psíquica por formación supone siempre poner a distancia los contenidos epistémicos. Es un gran *topos* de la tradición humanista". Entonces, "releamos a Séneca".

En la carta 88, Séneca hace una valoración de los estudios liberales en relación con la virtud. Así, paso a paso, se dedica a considerar la gramática, la geometría, la música, etc. aplicándoles de alguna manera la misma pregunta: ¿en qué hacen libre al hombre? Antes ha explicitado su principio: "el único estudio verdaderamente liberal es el que hace al hombre libre, como es el de la sabiduría...". Las artes liberales no tienen por objeto la virtud que procura la sabiduría. "¿Cuál de estas actividades allana el camino de la virtud?". Séneca, con un bello estilo, muestra la insignificancia y la puerilidad de esos conocimientos en relación con dicho fin. Un pequeño párrafo puede servirnos de ejemplo, cuando se refiere a la geometría: "¡Oh arte insigne! Sabes medir objetos redondos, reduces a un cuadrado cualquier figura que se te ofrezca, determinas las distancias de los astros, nada existe que escape a tu cálculo: si eres perito en ello mide al alma humana, muéstranos cuál es su grandeza, cuál su pequeñez. Conoces cuál es la línea recta, ¿de qué te sirve, si ignoras cuál es la rectitud de la vida?". (1)

Se entiende así la apreciación de Émile Bréhier sobre estas corrientes del pensamiento grecorromano de los dos primeros siglos de nuestra era.. Considera que el período creador está terminado, que no hay una curiosidad filosófica profunda y tampoco curiosidad científica, y termina señalando que las ciencias teóricas y prácticas son cuestionadas con frecuencia respecto a su puesto en la educación para encomendarles un papel subordinado. (2)

Sin embargo, como señala Jacques-Alain Miller, la posición de Séneca que inspira la posición humanista es la de separar el aprendizaje de la formación. Con respecto al primero, Séneca, en su estoicismo, no duda en condenar la erudición con un argumento que es un precepto de vida en sus cartas y en sus *Diálogos*: no perder el tiempo con cosas inútiles. Pero ¿qué quiere decir cuando afirma al principio de forma taxativa respecto de los estudios liberales: "No debemos aprenderlos, sino haberlos aprendido"? La respuesta está poco después de haberlos considerado en su insignificancia con respecto a la sabiduría. A la pregunta retórica "¿Por qué, pues, instruimos a nuestros hijos en las artes liberales?" prosigue con: "No porque puedan procurar la virtud, sino porque disponen el alma para recibirla. Al modo como aquellas primeras letras, así las llamaban los antiguos, mediante las cuales se transmitían a los niños los rudimentos de la gramática, no enseñan las artes liberales sino que disponen para luego aprenderlas, así las artes liberales no conducen el alma hacia la virtud, sino que le preparan el camino". (3) El aprendizaje precede a la formación. Pero ¡cuidado! no hay línea recta ni continua entre una cosa y otra. "Muchas cosas nos ayudan, y no por ello forman parte de nosotros".

En la carta siguiente, la 89, Séneca es explícito en cuanto a la filosofía como camino hacia la sabiduría. "La sabiduría es el bien consumado de la mente humana; la filosofía es amor y anhelo de la sabiduría: ésta tiende hacia el objetivo al que aquélla ha llegado". (4) Sin embargo, en la carta anterior toma el cuidado de advertir que también puede haber doctrina superflua en los filósofos. Así critica al sofista Protágoras que

cuestiona si es posible discutir los pros y los contras de toda proposición, al escéptico Nausífanos que afirma que en modo alguno es más admisible el ser que el no ser, a Parménides que sostiene que ninguno de los fenómenos que percibimos pertenece al universo, etc. En resumen, termina aconsejando a Lucilio: "Arroja todas estas enseñanzas en el complejo inútil de los estudios liberales; los unos no me transmiten un saber que me haya de aprovechar, los otros me quitan la esperanza de todo saber". (5)

Indudablemente, Séneca se convierte en una gran referencia para el estudio de la formación que tiene por objetivo una mutación subjetiva. Jacques-Alain Miller señala: "Es el *mainstream* (corriente principal) del humanismo occidental, tomado en la Roma Imperial en un punto donde la doctrina de la formación está ya formalizada".

NOTAS: (1) Séneca, L., "Epístolas morales a Lucilio", Madrid, Gredos, 1999, pág. 94. (2) Bréhier, É., "Historia de la filosofía", Madrid, Tecnos, 1988, T. I, págs. 336-342. (3) Séneca, L., op. cit., pág. 97. (4) Ibid., pág. 107. (5) Ibid., pág. 105.

Estela Paskvan

Escuela - Concepto - Formación

Voy a tratar de esbozar la relación existente entre la formación del psicoanalista y la Escuela que garantiza de dicha formación. Para este propósito me remito al texto de los Escritos "La situación del psicoanálisis ..." en donde Lacan afirma que la calidad del psicoanalista depende de la situación del psicoanálisis y ésta a su vez tiene que ver con la asociación que lo representa y lo transmite. En este texto Lacan denuncia la lamentable situación del psicoanálisis en 1956, en el sentido de la degradación de los conceptos freudianos y la falta de aportaciones novedosas hasta esa fecha.

A lo largo de este Escrito hace un recorrido por los hitos de la teoría psicoanalítica, haciendo hincapié en que los términos freudianos "satisfacen las exigencias del concepto ya que son idénticos a la estructura de la relación analítica y a lo que se capta en ella, es decir el significante"; los califica de conceptos poderosamente articulados entre sí y que no responden a un saber intuitivo.

En su crítica a la IPA señala que, a pesar de la clave que da Freud a propósito de la subordinación de la función imaginaria a la determinación simbólica, el psicoanalista se adentra cada vez mas en la relación dual; así como que las formas del ritual técnico se valoran más en función de la degradación de los objetivos. Añade que la deficiencia teórica apreciada en la doctrina nos muestra el defecto de la enseñanza.

Lacan hace referencia también a que la entrada a la comunidad analítica del momento se hacía a partir del psicoanálisis didáctico, y que es en el seno de éste de donde surge la teoría del fin del análisis a partir de la identificación con el yo del analista.

Lo dicho hasta ahora querría enlazarlo con las aportaciones de Miller en *El banquete de los analistas* a propósito de su intención de querer transformar la noción de Escuela en un concepto fundamental del psicoanálisis y mostrar que responde a la estructura de la experiencia analítica, tratando de indicar las marcas que hacen de la Escuela un concepto analítico fundado en la clínica del fin de análisis. Clínica del fin de análisis que difiere radicalmente de la propuesta por la IPA.

En el texto de 1956, en ese recorrido que hace de los conceptos, Lacan describe el marco teórico de la teoría psicoanalítica retomando así los objetivos y los procedimientos que le son propios. En este sentido destaca los dos preceptos: la regla fundamental de la asociación libre y la actitud que le corresponde a esa regla, la atención flotante (entendiendo el término flotante como igualdad de nivel y no como fluctuación), poniendo en evidencia estos preceptos el papel fundamental del discurso del sujeto y de su escucha.

Marca la diferencia entre materialismo naturalista y materialismo freudiano "el cual lejos de despojarnos de nuestra historia nos asegura su permanencia bajo su forma simbólica, fuera de los caprichos de nuestro asentimiento". Destaca insistentemente que los efectos del inconsciente se han dado a conocer desde el origen en el lenguaje, entendiendo la noción del inconsciente como la exterioridad de lo simbólico con relación al hombre y calificando a dicha noción como el principio mismo de la experiencia freudiana.

En este sentido, sugiere que se imponga al analista una formación en la problemática del lenguaje, arbitrándole los rudimentos que le permitan distinguir entre significante y significado; calificando al psicoanálisis como el único capacitado para imponer al pensamiento la primacía del significante sobre el significado. Considera la sobredeterminación simbólica como un hecho de sintaxis y que a su vez su estudio "permite reducir lo que la experiencia psicoanalítica entrega de datos positivos", en contraposición a la mántica.

Así pues, la técnica del psicoanalista se ejerce sobre la relación del sujeto con el significante, en contraposición al malentendido fundamental de la relación de comprensión "¡cuídense de comprender!" exclama.

Hasta aquí el texto de 1956. Paso ahora al último punto de mi introducción, a propósito de las aportaciones de Miller en cuanto a la Escuela entendida como un concepto fundamental. Tengo que decir que cuando me aproximé a esta idea a partir de la lectura de *El banquete de los analistas* fue algo que me llamó poderosamente la atención. ¿Por qué la Escuela como concepto? El mismo Miller advierte que no es algo que caiga por su peso, que hay que quererlo. Pues bien, para avanzar con este punto sigamos enmarcando, y para ello me remito someramente al "Acto de fundación", donde la Escuela es definida por un objetivo de trabajo que se hace en nombre del deber y la verdad; es un llamado a los trabajadores decididos como organismo donde se debe: 1. Cumplir un trabajo; 2. Dispensar una formación; 3. Asegurar una reconquista del Campo freudiano (recuperar aquello que se perdió en la degradación de los conceptos denunciada por Lacan en 1956).

¿Cuál es la formación que debe dispensar la Escuela? La introducción de la Escuela como concepto hasta el año 64 era algo inédito, y Miller destaca que dicha introducción es una consecuencia de la relación establecida por Lacan entre el psicoanálisis puro y la enseñanza del psicoanálisis. Son tres los principios que Miller distingue como elementos que forman parte del concepto Escuela: 1. El autorizarse a sí mismo (analista como supuesto); 2. El que a cada analista le corresponde reinventar y hacer avanzar el psicoanálisis. 3. El que la Escuela puede y debe garantizar que un analista proviene de su formación.

La orientación que nos propone para avanzar en esta cuestión es determinar las marcas que hacen de la Escuela un concepto analítico en la clínica del fin de análisis. El principio "autorizarse a sí mismo" nos indica que el analista es un supuesto; Miller precisa que "lo propio de la Escuela de Lacan no es saberlo todo, sino, justamente, no saber la definición del psicoanalista". Insiste en que hay que distinguir entre funcionar como analista y ser analista, distinción entre la función y el ser en la que se basa el procedimiento del pase; el pase como clínica del fin de análisis.

Para Lacan, el momento de concluir de un análisis y el instante de verse analista son las dos vertientes que constituyen el pase.

Todas estas cuestiones nos dan luz a propósito de la Escuela que propone Lacan. ¿Satisface las exigencias del concepto como dice Lacan en el 56, responde a la estructura de la relación analítica y de lo que se capta en ella? ¿Qué formación debe dispensar la Escuela?

Tanto la multiplicidad de lugares de la Escuela como la diversidad de modos de elaboración producen un efecto que tiene un valor de formación. El efecto de formación esperable, según apunta Miller, consiste en la posibilidad de poner a un sujeto en condiciones de operar como analista.

En la formación del analista no se trata tan solo de una adquisición de saberes, sino de una transformación subjetiva, lo que problematiza la verificación de su transmisión. El aprendizaje precede a la formación verdadera que no consiste en otra cosa, según Lacan, que en "ignorar lo que se sabe". A su vez Miller destaca la transformación inédita que se produce en los saberes exotéricos en función del análisis del sujeto, y a partir de ahí, como dice Lacan, "confrontar lo que resulta de su propio análisis: es decir no tanto para qué ha servido (su propio análisis) sino de qué se ha servido éste..."

La antinomia iniciación esotérica / enseñanza exotérica, nos remite a la Escuela de Lacan de analistas y no analistas como lo que permite distinguir entre iniciación y transmisión. Así pues, el efecto de formación según Lacan (considerando como centro de la formación del analista su propio análisis) no es solo poner al analista en condiciones de practicar el análisis, sino de enseñarlo y hacerlo progresar, así como de analizar la comunidad misma de Escuela.

M^a José Olmedo

El control, una práctica para que la posición del analista sea adecuada al psicoanálisis

La práctica del control instituye un lugar privilegiado en el cual poner a prueba la articulación entre el discurso del analizante - discurso histérico o al menos histerizado por la situación de la cura - y el discurso psicoanalítico - el que el psicoanalista ha de sostener, aquel del cual es el "funcionario". En dicho espacio se aprecia la práctica del analista en una doble vertiente: 1) el psicoanalista ¿sabe alentar, intervenir para que se produzca la entrada en análisis? ¿sabe sostener la dirección de la cura?; y 2) consiste en asegurarse que el psiquismo del analista no interfiere, no obstaculiza el análisis.

Si en la primera vertiente las preguntas que pueden formularse atendiendo, como escribe Jacques-Alain Miller (1), a los principios válidos para la supervisión son: ¿Cómo diagnostica el psicoanalista al sujeto que se ha dirigido a él? ¿Sabe situar la posición del paciente en relación a sus dichos? ¿Es capaz de mantenerse en la posición que permite al paciente asumir sus dichos? ¿Puede introducir al sujeto al inconsciente para que se produzca la necesaria rectificación subjetiva? etc. En la segunda, se trata de conseguir que la subjetividad del analista - su fantasma, sus prejuicios, incluso - no dificulten o impidan el análisis.

Mi plan de exposición consiste en atender a tres cuestiones diferentes: 1) Situar los cambios en las modalidades y la incidencia del control conformes con las transformaciones relativas al lugar del psicoanálisis en el mundo; y relativos a la modificación de las instituciones analíticas mismas, acentuando de manera particular lo que se puede resumir como la oposición entre una formación standard, en el seno de las sociedades IPA, y una formación no standard en nuestras Escuelas. 2) Definir la supervisión como una práctica que posibilita que la posición del analista sea adecuada al psicoanálisis (cuando dicté la conferencia que resumo lo ilustré con pequeñas viñetas clínicas de mi práctica como control). 3) Atender a cómo repercute esta práctica en el lazo entre analistas.

Cuando hace relativamente poco tiempo Jacques-Alain Miller, Eric Laurent y otros analistas comenzaron a hablar explícitamente de la formación del analista, el tema del control surgió con las transformaciones experimentadas. No sólo porque en el seno de las Escuelas de orientación lacaniana el control dejó de ser parte de un *cursus* perfectamente determinado, programado, definido desde la aceptación del candidato hasta la obtención de su título, como en las instituciones IPA, sino también porque fue insensiblemente evolucionando en nuestras escuelas desde una práctica, sistemática, regular, a un ejercicio esporádico, sobre todo cuando surgen dificultades y, como hemos dicho en alguna ocasión bromeando, de urgencia.

En la Escuela de Lacan no hay autorización previa, ni obligación formulada, no hay listas, cada uno elige a su analista, y a su o sus controles, en una apuesta sobre el deseo de cada uno. Se confía en la transferencia para orientar la elección.

En un reciente seminario del Consejo de la EEP, Marie-Hélène Brousse se refirió a su formación subrayando que en nuestras escuelas el recorrido no está explicitado. Es necesario descifrarlo, poco a poco, según el deseo de cada uno. Por su propia iniciativa. El Otro, algunas veces dice que no, pero no indica el camino, ni las etapas.

El sistema, pese a su gran liberalidad, funcionó durante años, y se podía constatar que más allá de la desaparición de las constricciones institucionales actuaban otro tipo de impulsos - del orden del deseo y la responsabilidad - que hacían que continuase siendo una práctica habitual. Pero el cambio que ha afectado al lugar del psicoanálisis en el mundo también ha

actuado sobre la práctica del control. En efecto, si, de una parte, el psicoanálisis ha influido y se ha extendido a través de ciertas psicoterapias que acogen la demanda de quien sufre y quiere saber, a través del tratamiento de la demanda por la palabra y la escucha, de la otra se encuentra hoy, como escribe Jacques-Alain Miller (2), atenazado por el semblante de análisis que el mismo creó: esas psicoterapias lo envuelven, lo vampirizan.

Desde donde podemos dirigir nuestra mirada en la actualidad, se puede decir que lo que motivó el aparato de reglas formales y de validación institucional tradicional fue la defensa contra el semblante o, si somos un poco más duros pero quizás más rigurosos, fue la defensa frente a la impostura. Pero también podemos apreciar que esta defensa resultó impotente frente a la invasión del semblante.

Lacan, que supo ver esa impotencia, produjo una inversión, un giro, que hizo del control no una obligación para el sujeto sino "para la Escuela que debe responder a la demanda de control que se impone" (3) Tan abierta a la iniciativa del candidato como esté la formación, tan focalizada sobre el candidato como se deje la responsabilidad, la Escuela ha de hacerse cargo de las obligaciones que le corresponden. "La Escuela, en cualquier momento que el sujeto entre en análisis, debe poner este hecho en equilibrio con la responsabilidad que ella no puede declinar de sus consecuencias".

Por la formación que una Escuela dispensa se juzga si mantiene el psicoanálisis en el lugar que le corresponde en el mundo o no. La responsabilidad de la Escuela consiste en que la posición del analista sea adecuada en relación al psicoanálisis. Y con esto entramos en el segundo punto.

El control se asegura en primer lugar de que quien habla lo hace de otro distinto de él mismo - escribe de manera radical y al mismo tiempo elocuente Eric Laurent. (4) Para constatar que esta es una dificultad que es necesario neutralizar en el control, bastará que quien viene a hablarnos de su práctica lo haga de una serie de casos. Advertiremos entonces la insistencia de su cuestión: sea la de su indignidad - en sus diversas variantes, las ideas relativas a que otro analista lo haría mejor, más rápido, etc; o la de un mismo límite encontrado en la práctica, una actitud psicoterapéutica que descansa en la idea de que sabemos lo que constituye el bien para cada paciente, etc.

Si, para profundizar en este problema, nos referimos a la escritura del discurso analítico, podemos decir que se trata de verificar dos aspectos: si el analista obstaculiza, por sus prejuicios o de otra manera, que se deposite el saber inconsciente en posición de verdad y/o si el analista hace bien semblante de objeto (a). Lo que obstaculiza la posibilidad de hacer semblante de objeto es la identificación a la cual permanece ligado el psicoanalista.

El interés del término semblante es que se opone al de identificación. El recorrido mismo de un análisis puede describirse así: un sujeto entre en análisis con sus identificaciones y al final de su recorrido puede hacer semblante. Para poder hacer semblante es necesario haberse identificado. Lo que queda luego no es un sujeto no identificado, como algunos pudieron pensar en algún momento, sino sujetos que pueden hacer semblante, encarnar para cada analizante el objeto (a) preciso.

Hacer semblante está intimamente ligado al acto. Es por ello que Lacan puede considerar "que ser superado por su acto" es lo más común; por el contrario "es el analista que se adelanta a su acto el que produce la incapacidad que vemos florecer en el parterre de los psicoanalistas". La verdadera manera de subjetivar el acto analítico consiste en saber que uno no es el autor, que los poderes de la cura no son "nuestros" y también que si los subjetivamos falsamente todas las ilusiones de forzamiento y corrección adquieren libre curso. Jacques-Alain Miller propone una nueva lectura del término "santo" en *Televisión* relacionada con nuestro tema. Recordemos que San Pablo se definía como aquel que podía ser "todo, cualquier cosa para cualquier hombre". (5)

Nos queda pues el último punto, relativo al control en relación con el lazo entre los analistas. Un problema crucial y al mismo tiempo difícil de resolver es el del reconocimiento mutuo de los analistas, que no se reduce al reclutamiento de los "jóvenes" analistas. Las descalificaciones escuchadas respecto de algunos analistas experimentados no son muchas veces menos rigurosas y se acompañan casi siempre de muy débiles argumentaciones. La repetición de la dificultad de otorgar el reconocimiento a otros analistas debe entenderse como un síntoma: concierne a la cuestión de la identidad de los analistas.

En las instituciones protegidas bajo la cubierta de la IPA, se han buscado criterios de formación, de práctica y de modo de vida de los que lo menos que se puede decir es que son ridículos. Lo más, que son contrarios al discurso analítico.

Las reglas se establecen para definir los atributos en los cuales se reconoce al psicoanalista, llevadas por las exigencias de una lógica que es la lógica de lo múltiple, a fin de que los psicoanalistas constituyan un conjunto por la existencia de un atributo o varios atributos comunes. Son en consecuencia los atributos más comunes, los más triviales, los que sirven para definir al psicoanalista. En un artículo dedicado a la práctica del control de la Revista *Scilicet*, (5) se considera que esta aporía resulta de la consideración de los psicoanalistas en tanto conjunto. Pero no van mejor encaminados aquellos que, para rechazar los impasses de esta lógica de lo múltiple, niegan toda credibilidad a las instancias institucionales y se precipitan en una lógica de los Unos, que sólo se ocupa de la relación analizante-analista, para definir la identidad del último.

Las observaciones en las que se apoya esta posición son sumamente elementales: "No existe esencia de psicoanalista. Sólo hay analista en la situación analítica. Es el analizante el que constituye al analista como tal. Cualquier otra consideración es de orden metafísico o sociológico y debe ser rechazada como no-analítica."

En esta perspectiva se deduce que el control es un elemento perturbador, un lugar que, en el mejor de los casos, permite al analista reencontrar una posición de analizante frente a otro analista supuesto saber más que él mismo, pero no obstante sospechoso de favorecer una actitud de dimisión del analista, allí donde este sólo puede responder ante sí mismo de su trabajo. Aunque presentada bajo el pretexto de exigencia y rigor, esta definición es simplemente tautológica, porque si define al analista por el analizante, no puede definir a este más que porque le habla a un analista.

De hecho, sabemos que no es por recibir pacientes que alguien se reconoce como analista. Al contrario, es una figura común el analista debutante que experimenta dicha situación como un abuso, cuando no directamente como una impostura.

Al mismo tiempo, no está mal este sentimiento de inquietud acerca de la legitimidad del lugar que ocupa, de ese privilegio que se arroga aceptando ser analista de alguien, de las intrusiones que van a constituir en el discurso del otro sus intervenciones e incluso sus silencios.

Lacan, en el seminario sobre *La angustia*, se refiere a esta cuestión desde la primera sesión: "No está excluido, a Dios gracias, que el analista, por poco que esté dispuesto a ello, cuando ingresa en su práctica, experimente en sus primeras relaciones con el paciente sobre el diván, cierta angustia" y añade: "esa [angustia] que saben regular tan bien en ustedes, según parece, hasta taponar el hecho de que ella les guía, ¿es la misma que la del paciente? ¿Por qué no?" Más arriba, Lacan había dicho, en relación a la orientación

que proporciona la angustia, que sentir lo que de esa angustia el sujeto puede soportar los pone a prueba en todo instante.

La otra faz de este problema es que podemos observar que la autorización para ser analista no coincide necesariamente con la voluntad de recibir pacientes. En las breves ilustraciones de las que he hablé (en mi conferencia) se verificaba que la autorización no coincide con que alguien tome al sujeto por analista e incluso si el que está en el lugar del analista es el soporte de una transferencia y de un trabajo analítico efectivo, ello no constituye por sí mismo una consagración.

Podemos dejar por el momento las aporías del Uno y de lo Múltiple aplicadas al psicoanalista. Aporías que se encuentran tanto cuando el analista intenta hacerse reconocer en la soledad y la unicidad de su relación a su analizante, como en el número y la multiplicidad del reconocimiento de las instituciones psicoanalíticas. Observemos sólo que tales referencias se deslizan, de modo necesario, hacia lo imaginario, y privilegian la cuestión del psicoanalista a expensas de la cuestión que nos debería interesar: el psicoanálisis.

En estas condiciones, el control deviene en toda circunstancia control del analista y, hasta en algunos casos, en un juego de espejos, en control del analista del analista, lo que se llamaba el didacta. Algunos reconocerán en esta figura un tipo de supervisión que remite constantemente al psicoanalista a su historia y, en consecuencia, a su análisis. Es una práctica de control que dimite de cualquier preocupación pedagógica para dejar en su lugar la idea de que el analista debería abandonar su propia historia, sus particularidades, promoviendo así la imagen de un analista ideal que obtendría su superioridad de conservar en su práctica una serenidad propia de los dioses, de no encontrarse implicado. Lo que se juzga en este caso es el ser del analista.

El objeto del control, lo que puede ser "reconocido" en el curso del control no es el psicoanalista, sino el análisis que se aporta a la situación de supervisión. Es sólo a posteriori si ha habido psicoanálisis que se puede decir algo sobre aquel que ha tomado la dirección de la cura.

Miriam L. Chorne

Placita

No encontramos jamás a un aspirante a la sabiduría en el lugar donde lo habíamos dejado.

Séneca, Cartas a Lucilio nº 71

La Gaceta del Consejo es un boletín mensual de difusión electrónica destinado a los miembros de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano en España.

Responsable de la publicación: Antoni Vicens